



LA REALIDAD ENCANTADA

Eduardo Escobar

Fue en las playas de una quebrada envigadeña que bajaba hace años dando tumbos alegres desde el Oriente hacia el río oscuro de abajo. Yo iba allá todos los días a hacer mis abluciones matinales. Tenía veinte años flacos, y el mundo todavía estaba lleno de asombros para mí. Era vegetariano, me ejercitaba en el yoga con la ilusión de que llevando la cuenta de mis inspiraciones y con baños de ruda me curaría de mí mismo, y saltaba como una cabra. Me gustaba remontar su cauce, escalar las grandes piedras redondas y grises, que cuando volví para visitarlas en agradecimiento estaban vestidas con unos enormes tubos de concreto. Yo escudriñaba los laberintos enramados de la pequeña hoyá; me embelesaban los despliegues de los destellos del agua en su trashumancia, los retazos de luz ahogados en las arenas del fondo imperturbable. Y las sombras de las hojas de los helechos me hacían reverencias, y perfumaban flores anónimas de anchos cálices descoloridos por falta de sol. Lagartijas nerviosas con pálidos recuerdos prehistóricos palpitaban en el musgo de las barrancas, bordado según los ritmos de los encajes de Brujas. Las libélulas rojas como heridas limpias entraban y salían de las cúpulas del techo vegetal. Y de cuando en cuando pasaban dos mariposas blancas coqueteándose.

Y un día, mientras me hallaba enfrascado en la contemplación de unas burbujas en un ojo de agua que guiñaba sobre unos gujarros, el agua se enriqueció de repente con un lujo inédito y las ondas dejaron de ser meras ondas para transfigurarse en series de velos superpuestos que ocultaban un escenario a punto de ponerse en movimiento. Transparencias de rosas vivos, verdes luminosos, chispeantes violetas, amarillos de limón maduro. Y los gorgoritos habituales de los remolinos y el retumbo de la cascada y la coral del remanso a mis espaldas, a los cuales me había acostumbrado, se resolvieron en una claridad rara y en un orden festivo, al fondo del cual sonaba una suite increíble que mezclaba los tambores del rock de moda con la polifonía bachiana y con dulzuras de violines de Vivaldi. Todo se animó a mi alrededor con una vida estrambótica, de una energía arrolladora. Pero la gracia no vino así de improvisado. Fue un proceso lento al final del cual se rompieron los límites de la realidad. Primero una gota encabritada voló diseminando fulgores de arcoíris y me besó la mejilla. Después otra me tocó un hombro y después el otro otra, y otra al cabo de una pausa me bautizó la coronilla. Y luego, sí, la masa de la corriente multicolor comenzó a levantarse ante mis ojos perplejos en una figura peregrina y ambigua surgida del envés de las cosas,



introducida en este mundo desde otro perverso y puro. Y cantaba una canción callada, irresistible y voluptuosa. Aunque más allá de la voluptuosidad había algo inclemente, peligroso y amenazante en la aparición de la misteriosa contralto.

Al principio había aceptado la maravilla y había dejado que el milagro corriera. Pero después algo en mí se puso en guardia y el prodigio y la deliciosa anormalidad me alarmaron. Sentí que tanta sublime belleza en la visión y en la melodía que cantaba descomponía mi viejo ser arrancándolo de su eje hacia otras promesas que implicaban una renuncia, un sacrificio de mi individualidad. De modo que pudo más la cobardía que la curiosidad. Y huí de la intriga a mi casa con sentimientos encontrados de miedo de perturbar la perfección de la entidad con mi miseria, y de escrúpulo de profanar su canto, y con la conciencia confusa de que estaba im-preparado para confrontar la manifestación de un mundo que me era ajeno y donde no tenía derecho a penetrar.

El lector puede creerme o no. Yo sé que no faltó a la verdad. Tampoco era la primera vez que se me revelaba el alma del mundo. Ni fue la última. Al llegar a la casa mi mujer debió advertir el estupor porque me preguntó, abriendo los ojos amarillos, qué me había pasado. Y yo callé temiendo que me pidiera el divorcio si le contaba lo que había visto y oído, o me reservara un cupo en el frenocomio.

El murmullo del agua me siguió muchos días, aunque la quebrada quedaba lejos de la casa donde vivíamos en una felicidad modesta mi joven mujer, mi primer hijo y Lorenza, una lora amarilla, azul y procaz. Los murmullos de la corriente invadían mi cotidianidad, invencibles, mientras me alimentaba, mientras leía un libro o una carta —las benditas cartas todavía se usaban—, y por más que trataba de sacarme de encima la melodía acuática, el recuerdo de la

impresión no me abandonaba. Tuve razones para preguntarme si no había caído bajo la influencia de un encantamiento. Pero al fin dejé de pensar en eso. Supongo que los dioses también se cansan de invocarnos como nosotros nos cansamos de invocarlos a ellos muchas veces.

Una vez le conté a un amigo, que en paz descanse de cuentos y enigmas, la historia. Y Darío Acevedo, un mulato amarillento, era orfebre y se le había contagiado el color del oro, sonrió. Y fue a la librería. Y me trajo un libro de regalo. Se llamaba *Los dioses atómicos*. Editado por la Editorial Kier de Argentina, una casa especializada en brujerías, magnetismos y biografías de santos heterodoxos, estaba firmado por un tal M, con una M seguida de los tres puntos masónicos. Y testimoniaba la realidad de estas epifanías que algunos llaman ilusiones o delirios para poder continuar con los delirios de sus negocios. Y yo agradecí el regalo. Entonces yo no estaba loco. O en todo caso no estaba solo en mi locura.

Coda. Muchos años después supe que *Los dioses atómicos* era el libro que leía Juan Roa Sierra cuando concibió la idea tortuosa de matar a Gaitán, un viernes, a la una de la tarde, en la Avenida Jiménez, en Bogotá. Quiero decir, si Roa Sierra fue de veras el asesino del caudillo bogotano. Y no otro mártir del vasto, intrincado arcano de traiciones de la política colombiana, es decir, un santo pelele. ■

Eduardo Escobar (Colombia)

Nació en Envigado y fue uno de los integrantes del núcleo fundador del movimiento nadaísta. Ha publicado libros de poemas, cuentos, ensayos, y es colaborador habitual en las revistas *Soho*, *Credencial* y *Cromos*, y en algunos periódicos nacionales, como *El Colombiano*, de Medellín, *El País*, de Cali y *El Tiempo* de Bogotá. Su columna en *El Tiempo* ganó hace años el Premio Simón Bolívar. Actualmente da los últimos toques a un libro de ensayos: *Homenajes y vejámenes, lecturas en la muerte de Dios*.